

LOS MÉDICOS ESCRITORES Y ARTISTAS INAUGURAN SU CURSO
CON UN BRILLANTE CONCIERTO EXPERIMENTAL

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

SECRETARIO FUNDADOR DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE MÉDICOS
ESCRITORES Y ARTISTAS

MADRID

EN el salón de actos del Ateneo de Madrid se ha celebrado con gran solemnidad y «a toda orquesta» —y nunca mejor empleada la frase—, la sesión inaugural del curso de esta corporación, en la que el eminente oftalmólogo don Julio López Lacarrère dió una magistral conferencia titulada «Mis impresiones de artesano sobre instrumentos de cuerda», ilustrada con un concierto experimental a cargo de la Orquesta de Música de Cámara, que dirige el maestro Senén, utilizando instrumentos contruidos por el doctor Lacarrère, que en sus ratos de ocio ha encontrado una excelente manera de liberarse de las inquietudes propias del ejercicio de la Medicina, dedicándose al estudio acústico, técnico, teórico y práctico de esos maravillosos instrumentos de cuerda que dieron fama al célebre ebanista de Cremona Antonio Stradivarius; porque el doctor Lacarrère no se ha limitado a estudiar la estructura de la madera y la sonoridad de los violines, que es, como si dijéramos, la anatomía y fisiología de este instrumento que ha sido considerado como el más perfecto de la expresión musical, sino que ha emprendido y culminado con todo éxito la tarea de construir por sí mismo varios violines, violas y violonchelos.

Y aquí sí que viene como anillo al dedo la célebre frase de que el doctor Lacarrère ha encontrado en la construcción de estos instrumentos de cuerda el verdadero violín que Juan Augusto Dominico Ingrés tocaba cuando su magnífico arte de gran pintor francés de finales del XVIII le cansaba.

Y aun cuando el doctor Lacarrère no necesita de presentación ante médicos españoles, diremos, para refrescar la memoria, que este eminente oftalmólogo cultivó la especialidad en las clínicas de los doctores Kruckmann y Meesmann, de Berlín; en la del profesor Elsehnig, célebre maestro de la cirugía del cristalino y de las plastias oculares, también de Berlín; en la Clínica Universitaria del profesor Sigerist, de Berna; con el profesor Mórax, en la Clínica Universitaria de Basilea.

Sus magníficos estudios de la biomicroscopia de la córnea, llevados a cabo con la lámpara de doble hendidura de Gulstran, dieron nacimiento a una gran

obra dedicada a esta exploración, en la que no se sabe qué admirar más, si la amplitud científica dada al tema o la precisión artística de las numerosas láminas a todo color que hacen de este libro el más completo en iconografía de la córnea.

Por eso no debe extrañar a nadie que haya plasmado sus horas de asueto médico en esa magnífica y afiligranada labor de constructor de instrumentos de cuerda, con los que ha logrado proporcionar al arte de su construcción un fondo científico, físico y acústico admirables, como demostraron, logrando ovaciones indescriptibles, los virtuosos solistas que actuaron en la sesión inaugural, interpretando un selecto programa.

* * *

La sesión fué iniciada con unas breves palabras mías, para eludir, en atención a la brevedad, el dar a conocer la reglamentaria memoria de la Secretaría de mi cargo, que el auditorio, abarrotado en el salón, agradeció de veras, y no era para menos, ya que se trataba de evitarles la molestia de oír una más o menos detallada descripción de hechos, cuando ellos habían acudido a oír al doctor Lacarrère y a sus violines.

También el Presidente de la Asociación fué breve y ameno al hacer unos ágiles comentarios sobre la oftalmología, la visión, los ojos y la música, que merecieron y lograron efusivos aplausos.

A continuación habló el doctor Lacarrère, culto y ameno escritor, al que conocimos hace bastantes años en aquellos inolvidables «sabadillos» de «La Medicina Ibera», el semanario del doctor Coca, en que Lacarrère compartía con el malogrado Paco Poyales la sección de Oftalmología, mientras yo llevaba el peso de redactor-jefe.

* * *

Al margen de una taza de aromático «café-café», hemos sometido al doctor Lacarrère, en la moderna y confortable morada que habita, a un detenido interrogatorio, al que amablemente ha contestado así:

—¿Cómo justifica usted su vocación de artesano de instrumentos de cuerda?
—le hemos preguntado.

—Están bien justificadas nuestras diversiones inocentes, este solazarnos de diletantes, con tal de que, como dice el humorista inglés Lawrence Stern, nuestro «hobby» no moleste al prójimo. Y si molesto, digo yo, aun deben perdonársenos estas distracciones que renuevan el espíritu y lo preparan para mejor cumplir otros trabajos de mayor responsabilidad. Fírz David, del que luego hablaré, dice que un viejo debe tener un «hobby» porque si no, entonces, no sé yo hasta dónde somos menos tontos los que dejamos el golf por la pluma, o por los pinceles, o por la herramienta artesana; pero si es verdad que a veces, y muchas, este escaparse del hacer-habitual, este huir de la vocación, es caer en la verdadera vocación. El hombre, inconscientemente, marcha en alas de un destino ineludible, y a veces se ha encontrado a sí mismo cuando llegó a la meta no prevista, y su obra, entonces, es su obra mejor.

—Dígame algo de este su «segundo oficio».

—Ahora, en los medios intelectuales del mundo se habla mucho del «segundo oficio» para los escritores, cuanto más distante de la literatura, mejor. Antes, nos habló Marañón de una «preocupación de reserva», y, últimamente, del «di-

vertimiento». Yo creo que en las actividades superiores del hombre lo natural es su diversidad, que se encuentra a veces sofrenada y contenida, y esto es lo falso, por la disciplina que obliga y por la educación que limita, impidiendo el brote libre de la fronda intelectual hecha acción. No hay oficios segundones, ni distancia ni antagonismos entre las actividades dispersas del individuo. Todas tienen el mismo valor en el espectro cromático que define la personalidad intelectual; en todo caso, ya se dijo que la anarquía y el desorden aparente en el hacer son indispensables a la universal armonía. Los hombres polarizados, en los que ni siquiera asoma ni se esboza otra aptitud que la muy estrecha de una «especialidad», son seres unipolares, que no dan chispa, oficientes distinguidos con atisbos de intelectual: son los intelectualoides.



EL DOCTOR DON JULIO LÓPEZ LACARRÈRE, OFTALMÓLOGO Y CONSTRUCTOR DE VIOLINES.

—*Aparte de la Oftalmología, ¿cuál es su vocación preferida?*

—Puedo decir a usted que mi vocación paralela a la de oculista es la de pintar. De pintar es, hoy más que nunca, difícil de librarse. Creo que el oculista debería ser siempre pintor, que es la pasión de ver, para comprender mejor la angustia por ver de los que buscan su amparo. No importa pintar mal si esto nos lleva a sentir más hondamente a nuestros enfermos.

Mi otra afición, la del trabajo manual de hacer un violín, es, o parece ser, como una expansión de mi costumbre y de mi práctica de cirujano de los ojos, de las operaciones de la difícil facilidad, lo que vendría a explicar cómo un médico pudo caer en afán tan simple. Simple y humilde, este mi afán accidental de carpintero me llevó, no obstante, a estudiar problemas de acústica, a comprobaciones curiosas sobre la valoración que se hace de los instrumentos antiguos y a la observación psicológica del artista, de los que he de conocer de cerca a los más célebres, que son siempre motivo sobrado de comprobaciones curiosas. He visto que, aun en los mejor dotados, obra, más que la razón, la pasión; por eso hay que saber sufrir el generoso desdén de los «virtuosos» sin ofenderse.

—*¿Tiene usted noticias de algunos otros médicos que hayan dedicado sus ocios a fabricar violines?*

—Sí. No he sido yo únicamente el galeno que ha construido violines. El



* EL DOCTOR LACARRÈRE POSA EN SU TALLER DE «CARPINTERO DE FINO».

actual profesor de la Universidad de Zurich, Firz David, ayudado por sus numerosos colaboradores universitarios, y después de haber hecho detenidos y profundos estudios sobre la estructura del violín, de los barnices y de su acústica —esto último nada menos que con la ayuda del Instituto de Investigaciones y Experimentación de la P. T. T., de Berna—, ha dado reglas y consejos y dirigido la construcción de los violines realizados por Mächler, que obtuvo el primer premio en el último concurso internacional de Cremona con una copia de Guadagnini, y también el famoso Luthier de Zurich Werner Wulitzer.



AQUÍ TIENEN USTEDES, EN SU VIBRINA, PARTE DE LOS INSTRUMENTOS DE CUERDA FABRICADOS POR EL DOCTOR LACARRÈRE.

Hubo un doctor Savart, médico del siglo pasado, que hizo un violín trapezoidal, presentado en la Academia de Ciencias de París en 1819. Otro colega nuestro, el doctor Chenantais, de Lyon, después de haber frecuentado los talleres del constructor Kaul, de Mirecourt, que es la Cremona francesa, le hizo construir, al dictado, unos violines muy apreciados por los artistas. Este doctor Chenantais ha escrito una obra acerca de la estructura del violín, muy completa y de aspecto muy científico. Se sabe de muchos médicos más, porque los médicos siempre hemos tenido algo de excéntricos, que han caído en la pasión de la carpintería musical. Tengo noticias de que un cirujano contemporáneo derrochó paciencia construyendo mil violines por lograr la imitación de una pieza antigua. Creo que si nuestro buen Helmholtz, padre de la óptica y de la acústica, se hubiera ocupado del violín, habría caído también en el pecado de la ingenuidad. Porque esta cajita de resonancia, tan elegante, con su talle de avispa y su gracioso rizo griego en la cabeza, parece que tuviera la virtud femenina de descentrar el juicio de los varones más ecuanímenes y de hacerles perder la cabeza.

—¿Quiere usted decirme cómo fabrica sus violines?

—No es ningún secreto. Yo he hecho mis violines sin haber visto jamás hacer un violín. No he copiado ningún modelo clásico, porque todos me parecen incorrectos como tales instrumentos acústicos. Realicé mi obra con el mismo rigor que pondría en construir un aparato de óptica (óptica y acústica se sabe que tienen las mismas leyes). Perfil, simetría, calibramiento al décimo de milímetro, acoplamiento de planos, tratamiento de las superficies interiores, estriación de las mismas, etc., fueron escrupulosamente realizados con un sentido matemático, y en esto reside el secreto de la homogeneidad en los resultados, buenos o malos, como nunca se logró alcanzar hasta ahora. El tratamiento de las superficies armónicas por oxidación acelerada, bajo la influencia de los rayos ultravioleta, produce una desintegración de la parte medular de la madera y un cambio estructural de la superficie, que influye notoriamente en la calidad del

sonido, como ocurre con el color en pintura, que cambia con la naturaleza de la superficie o «soporte» que le recibe. El estramiento de las superficies internas del violín dobla su extensión y duplica el volumen sonoro, lo que influye notablemente en la belleza musical y en la potencia del instrumento. Por primera vez también, he modificado la estructura clásica del puente, de acuerdo a la lógica y a conceptos de física vulgar, con lo cual se ha logrado una emisión muy rápida y también un aumento del caudal acústico. Como no soy profesional ni mago, hago mis declaraciones sin el sentimiento de responsabilidad



ENTRE LOS FAMOSOS VIOLINISTAS SZERYNG Y MENUHIN, EL DOCTOR LACARRÈRE ESCUCHA ATENTO SUS COMENTARIOS.

del técnico y sin pretensión, ciertamente, de haber descubierto un secreto que no busqué. La diferencia que separa mis instrumentos de los clásicos, tan ingenuamente repetidos y copiados por todos, está en la independencia de mi obra, que, buena o mala, recoge un momento apasionado de mis actividades de repuesto.

»Los instrumentos antiguos, tan alabados y bien pagados, son muy asimétricos, de calibramiento inexacto y muchos de ellos peor terminados y de manufactura más grosera que un simple mueble. Esto, desde el punto de vista de la acústica, no puede constituir una garantía de eficacia. Basado en ello, tuve la osadía de decirle a Menuhin, la noche que me visitó con su Stradivarius de 80.000 dólares, que si los faros de su automóvil estuvieran ópticamente contruídos como su violín lo está desde el punto de vista de la acústica, no podría circular por las noches sin grave riesgo, puesto que vería como si se alumbrase con un candil. En aquella ocasión de mi irreverencia, el gran violinista Szeryng y Menuhin tocaron el «Concierto» de Bach para dos violines, con uno de mis jóvenes instrumentos en compañía del hermano secular.

»Y se me brindó la muy rara oportunidad de comprobar mis impresiones: Szeryng tuvo que renunciar a tocar el Stradivarius, que devolvió a mitad del concierto a su dueño, porque no obtenía de él el resultado musical que esperaba.»

—¿Cuántos instrumentos ha construído usted?

—Toda mi obra se compone de un cuarteto y seis violines de concierto. Esta es toda mi labor, que no ha de tener continuación, desde luego. Y no la he de continuar porque, a diferencia de los demás, sólo me mantuve en el esfuerzo mientras me guió el interés de un hallazgo y el aliciente de un resultado nuevo.

Y como hemos terminado el «café-café» y el «coñac-coñac», y están esperando los enfermos al doctor Lacarrère, damos por terminada la entrevista agradeciendo a nuestro ilustre amigo sus manifestaciones y deseándole toda suerte de satisfacciones y venturas en el nuevo año, deseo que hago extensivo, naturalmente, a todos mis numerosos amigos y no pocos enemigos, ¡a Dios gracias!...